

Arturo Prat: el héroe que Chile necesitaba

POR ANTONIO ALFARO RIVERA
 ESCRITOR, HISTORIADOR Y POETA.

Antes de convertirse en estatua, Arturo Prat fue un hombre común: hijo, esposo, padre, estudiante y marino. Su muerte en Iquique no solo cambió el ánimo de una guerra lejana; también le entregó a Chile una figura moral en la cual reconocerse en tiempos de crisis.

Los héroes no nacen en los días tranquilos. Aparecen cuando una sociedad siente que algo se le quiebra por dentro y necesita mirar hacia algún lugar en busca de sentido. A veces ese héroe es un guerrero. A veces es un mártir. A veces es un hombre común que, enfrentado a una hora decisiva, actúa con una coherencia que los demás reconocen como grandeza.

ARTURO PRAT CHACÓN PERTENECE A ESA ÚLTIMA CLASE.

Su historia no comienza en la cubierta de la Esmeralda, ni en el instante en que su nombre queda unido para siempre al 21 de mayo de 1879. Comienza antes, en un país que todavía no sabía que lo iba a necesitar. Comienza en una guerra que muchos chilenos miraban con distancia, casi como si ocurriera lejos de sus preocupaciones diarias.

La Guerra del Pacífico no fue una historia simple de buenos contra malos. Detrás estuvieron el salitre, los tratados, los impuestos, los intereses económicos, las tensiones diplomáticas y las decisiones de gobiernos que arrastraron a miles de hombres hacia el desierto y el mar. Chile, Perú y Bolivia se vieron envueltos en un conflicto que cambiaría sus territorios, su política y su memoria.

El motivo inmediato estuvo ligado al impuesto de diez centavos que el gobierno boliviano de Hilarión Daza aplicó al salitre, pese a los acuerdos previos que limitaban ese tipo de alzas. También pesaba el tratado secreto de alianza entre Perú y Bolivia, firmado en 1873. Pero reducir la guerra a una sola causa sería empobrecerla: los empresarios miraban el dinero; los gobiernos, sus posiciones políticas; y los soldados y marinos, muchas veces, peleaban por una palabra más antigua y emocional: la patria.

Pero al comienzo esa patria no movilizó a todos de la misma manera. La guerra se libraba en el norte, en un territorio que para muchos chilenos aún parecía lejano. Antofagasta, Calama, Tarapacá, Iquique y Arica estaban lejos de la vida cotidiana de la zona central. Para buena parte de la población, el conflicto era una noticia distante, una preocupación del gobierno, una guerra de otros.

Chile, además, venía de una crisis económica. Poco antes del conflicto, el Estado había reducido parte de sus fuerzas militares. Cuando la guerra exigió soldados, no siempre hubo entusiasmo. Muchos hombres evitaron el alistamiento. En algunas zonas volvió a usarse el enganche, una forma dura de reclutamiento que podía llevar a un hombre, casi sin entender cómo, desde

una noche de vino y embriaguez total, hasta ir a la, mañana siguiente en un barco rumbo al norte.

Ese era el país antes de Prat: un Chile dividido entre la indiferencia, la obligación, el interés y el deber.

ENTONCES LLEGÓ IQUIQUE.

La noticia no viajó con la velocidad de hoy. Lo ocurrido el 21 de mayo de 1879 demoró algunos días en llegar a Santiago y al resto del país. Pero cuando llegó, produjo algo que no se explica solo con datos militares. La Esmeralda se había hundido. Arturo Prat había muerto. Sus hombres habían resistido. Y, de pronto, una guerra que muchos miraban de lejos empezó a sentirse cerca.

EL PAÍS ENCONTRÓ UNA IMAGEN.

No era una imagen de victoria en el sentido tradicional. La Esmeralda fue derrotada materialmente. El barco se hundió. Prat murió. Pero en esa derrota apareció algo más poderoso que un triunfo: un ejemplo. La historia de un comandante que, enfrentado a una contienda desigual, no escapó de su deber. Esta es la historia de un hombre que no buscaba la gloria, pero que terminó encarnándola.

Desde entonces, la pregunta se volvió inevitable: ¿fue Arturo Prat un héroe de la patria o Chile lo fue transformando en uno con el paso del tiempo? La respuesta quizás está en ambas cosas. Prat fue héroe por lo que hizo, pero también por lo que representó. Su figura no quedó encerrada en el combate naval de Iquique. Se expandió hacia la escuela, los discursos públicos, los monumentos, las ceremonias y la memoria familiar. Su nombre empezó a decir algo más que una acción militar: Hablaba de sacrificio, deber, honor, humildad y coherencia.

Por eso es importante mirar a Prat no solo como estatua, sino como persona.

Antes de convertirse en símbolo, fue un niño de salud frágil, nacido en una familia sin grandes recursos. Conoció las dificultades económicas y la pérdida temprana de su padre. La ayuda de su tío Jacinto Chacón fue decisiva para que pudiera ingresar a la Armada de Chile. No nació rodeado de privilegios ni certezas. Su vida se fue construyendo con esfuerzo, estudio y disciplina.

Fue buen estudiante por rigor, amigo leal y marino por vocación y necesidad. Más tarde se enamoró de Carmela Carvajal, se casó con ella y formó una familia. En sus cartas y en su vida cotidiana aparece un hombre enamorado y preocupado por su esposa, por sus hijos, por su madre y por su hermana. También estudió Derecho, no por vanidad intelectual, sino buscando mejorar sus ingresos y dar una vida más segura a los suyos.

Ese detalle es clave. Prat no era un personaje de bronce desde el nacimiento. Era un hombre que quería trabajar, amar, cuidar a su familia y avanzar. Un hombre que, como tantos hasta hoy, buscaba estabilidad, afecto y un futuro más digno.

Por eso su figura conmueve. Porque en Prat no hay superpoderes ni grandeza teatral. Hay algo más difícil: una vida coherente. Lo que hizo en Iquique fue la consecuencia final de una forma de vivir. Cuando llegó el momento supremo, actuó como había vivido: con sentido del deber, serenidad y una convicción que todos los hombres bajo su mando pudieron reconocer.

Tal vez por eso lo siguieron. No solo porque era el comandante, sino porque veían en él a alguien creíble. La autoridad verdadera no siempre nace del cargo. A veces nace de la coherencia. Y Prat, en ese instante, tenía ambas cosas: mando y autoridad moral.

Después del 21 de mayo, Chile cambió su forma de mirar la guerra. Lo que antes parecía lejano se volvió una causa emocional. Muchos quisieron ir al norte. Muchos quisieron imitar a Prat y a los combatientes de Iquique. La patria, que hasta entonces podía sonar abstracta, encontró un rostro: el de un marino joven, esposo, padre, abogado en formación, hombre sencillo, que había entregado la vida sin cálculo personal.

Pero los héroes también tienen una segunda vida. La primera ocurre en los hechos. La segunda, en la memoria.

Cuando terminó la Guerra del Pacífico en 1884, el fervor patriótico comenzó a bajar. La vida siguió. El país volvió a sus problemas internos, a sus disputas y desigualdades. Prat no desapareció, pero su recuerdo perdió parte de la intensidad que había alcanzado durante la guerra.

En 1891 Chile volvió a necesitarlo. La Guerra Civil abrió otra herida, esta vez interna. La clase dirigente fue perdiendo prestigio y se instaló la idea de que políticos y sectores acomodados estaban más preocupados del lujo y los palacios que de las necesidades reales de la población. Mientras crecía la pobreza, el analfabetismo y las señales de la futura Cuestión Social, la figura de Prat volvió a levantarse con fuerza.

Ya no solo era el héroe naval. Era una imagen moral. Frente a un país decepcionado de sus dirigentes, Prat ofrecía la idea de un chileno ideal: buen hijo, buen esposo, buen padre, buen profesional, buen amigo, valiente y desprendido de toda ambición personal. Era el recuerdo de una virtud posible. La prueba de que alguien había puesto el deber por encima del beneficio propio.

Por eso Prat no pertenece del todo a un solo sector, clase o sensibilidad política. Para algunos representa orden, jerarquía y disciplina. Para otros, la nobleza del débil ante una con-

tienda desigual y la dignidad de quien sabe que puede perder, pero no renuncia a su deber. La escuela puede verlo como ejemplo cívico. La Armada como modelo de honor. Las familias como símbolo de entrega. Los niños como héroe. Los adultos como pregunta.

No es casual que su figura haya sobrevivido tanto. Otros próceres de la historia chilena tuvieron luces enormes, pero también sombras evidentes. Prat, en cambio, aparece en la memoria nacional con una limpieza poco común. Quizás porque murió joven. Quizás porque su acto final fue tan claro que dejó poco espacio para la sospecha.

Eso no significa que haya sido perfecto en un sentido sobrehumano. Significa algo más profundo: que su vida pública y privada parecieron avanzar en la misma dirección. En un país donde muchas veces los discursos se separan de los actos, esa coherencia se vuelve excepcional.

La crónica de Prat, entonces, no es solo la historia de un combate. Es la historia de cómo un país indiferente ante una guerra encontró, en una derrota, una razón para creer. Es la historia de cómo un hombre común se transformó en medida moral de una nación. Es la historia de cómo la memoria toma un hecho, lo vuelve símbolo y lo proyecta durante generaciones.

Los pueblos necesitan héroes. Los buscan en tiempos de crisis. Si no los encuentran, a veces los inventan. Y si la realidad no alcanza, recurren al mito. Pero en el caso de Arturo Prat, Chile no tuvo que inventarlo del todo. Tuvo que reconocerlo. Mirar su vida breve, su origen humilde, su familia, su disciplina, su sentido del deber y su muerte en Iquique, y entender que allí había algo que podía hablarle al país entero.

Tal vez por eso su nombre sigue volviendo cada mayo. No vuelve solo por costumbre escolar ni por ceremonia militar. Vuelve porque todavía necesitamos preguntarnos qué significa cumplir con el deber cuando nadie asegura la victoria, qué significa actuar con honor cuando el escenario es adverso y qué significa ser coherente cuando sería más fácil acomodarse.

Arturo Prat no fue grande porque buscara ser héroe. Fue grande porque no lo buscó. Porque quiso ser marino, esposo, padre, estudiante, trabajador y ciudadano. Porque vivió sin delirios de grandeza y murió sin traicionar lo que había sido. Porque en el momento decisivo no improvisó una virtud, sino que dejó que su vida entera hablara por él.

No fue invencible. No ganó una batalla. No tuvo una historia simple. Pero, en medio de una guerra compleja y de un país lleno de dudas, apareció como un hombre capaz de recordarle a Chile que la grandeza no siempre está en vencer. A veces está en permanecer fiel a una convicción cuando todo alrededor invita a retroceder.

En esa fidelidad, Prat encontró su lugar en la historia.

Y Chile, en él, encontró al héroe que necesitaba.

